



UNA ENSEÑANZA DE LA CRISIS: URGENCIA DE ESTRATEGIA POSPETROLERA PARA EL FUTURO DEL ECUADOR

POR
FRANCISCO HIDALGO FLOR

Profesor de Sociología del Desarrollo en la Universidad Central del Ecuador. Investigador de SIPAE. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO "Estudios críticos del desarrollo rural".

La crisis sanitaria ha devenido en crisis humanitaria, con punto de origen en China a fines de diciembre y rápidamente expandida a nivel global, por la acelerada difusión del COVID-19. Esta crisis, que ha sido incrementada por la interconexión mundial, la aguda urbanización planetaria y la debilidad de los sistemas públicos de salud, aquejados por décadas de políticas neoliberales, así como menospreciada por estrechas élites gobernantes (los Trump y Bolsonaro), hoy pone en cuestión si el mundo construido es capaz o no de proteger la vida de sus habitantes.

Crisis humanitaria pues a la crisis sanitaria se ha sumado una crisis laboral –millones de desempleados en los países centrales, al igual que en los periféricos–, alimentaria –regiones y pueblos que no pueden acceder a alimentos– y de gobernanza global –cada potencia intenta salvarse por su cuenta, a costa del resto del planeta. He ahí, por ejemplo, a Trump jaqueando a la debilitada Organización Mundial de la Salud–.

Una de las repercusiones de esta situación es la crisis petrolera: el hidrocarburo ya no garantiza al patrón de acumulación predominante y este empieza a crujir. Este acontecimiento es relevante para países como el Ecuador, con un largo historial de rentismo petrolero. Durante casi cinco décadas hemos exportado petróleo crudo e importado derivados, de modo tal que su crisis nos pone en condición tambaleante.

El rentismo petrolero ha tenido en estos días, en especial el 20 de abril, un colapso drástico. Ese día, el precio del hidrocarburo en los mercados internacionales fue de -37 (menos treinta y siete): los tenedores de petróleo pagaban para que se lo llevaran. De hecho, antes de que se expandiera la pandemia a nivel global, a mediados de marzo, ya el precio había descendido por debajo de los treinta dólares, por una sobreoferta desde Rusia y Arabia Saudita. Días después, al iniciar el mes de mayo, el precio está oscilando entre los diez y veinte dólares.

Sin embargo, no se trata solamente del colapso en el precio del petróleo, que, aunque puede ser variable, probablemente este año no llegará a lo previsto en el presupuesto nacional (sesenta dólares). Se trata del



derrumbe de la estrategia rentista petrolera; es decir, la explotación del hidrocarburo y la especulación en los mercados a futuro, a costa de la incesante e imparable destrucción de la naturaleza. Es este derrumbe el que obliga a diseñar un cambio profundo en la economía y el modelo de desarrollo presente y futuro no solo del Ecuador, sino también de otros países aquejados por la petrodependencia en Latinoamérica.

Carece de sentido, en el marco de esta crisis humanitaria, mantener la explotación petrolera y el extractivismo como ejes de la economía de cualquier país en el mundo, pues es evidente que su evolución profundiza el deterioro ambiental global, la destrucción de ecosistemas. Esto es aún más cierto para países como el Ecuador, una nación con importantes diversidades sociales, étnicas, biológicas, ecosistémicas, donde la meta debe ser mantener y acrecentar esas diversidades, no aniquilarlas.

En la pasada crisis que atravesó el Ecuador en el año 1999, a la cual nos vamos asemejando, ya se planteó la urgencia de pensar estrategias pospetroleras, tanto por la limitación en las reservas que posee el país, como por las repercusiones ambientales y humanas de esta industria. Ya entonces era necesario dejar atrás el rentismo petrolero.

Por eso, surgieron propuestas que sorprendieron al mundo por su innovación, como la iniciativa Yasuní, que consistía en dejar bajo tierra las reservas petroleras ubicadas en esta región de la Amazonia, de alta biodiversidad. Sin embargo, esta fue torpedeada desde una cúpula gobernante desarrollista, obnubilada por el incremento momentáneo en el precio de las materias primas (fase de *commodities*) y la voracidad por millonarios contratos de megaobras con sobreprecio.

Ahora, en el 2020, cuando se debaten formas de enfrentar la crisis, es crucial volver a colocar propuestas pospetroleras en las miradas estratégicas para el Ecuador, como fundamento en las propuestas hacia dentro y hacia afuera del país. Sería muy grave cerrar los ojos y persistir en el sendero extractivista.

La montaña rusa del rentismo petrolero

El rentismo petrolero ha sido la columna vertebral del patrón de acumulación primario-exportador desde mediados de los años setenta del siglo XX hasta la actualidad, sus vaivenes han sido incesantes, las épocas de prosperidad han estado marcadas por los incrementos de precio y las épocas de desgracia por el derrumbe de la cotización de los hidrocarburos.

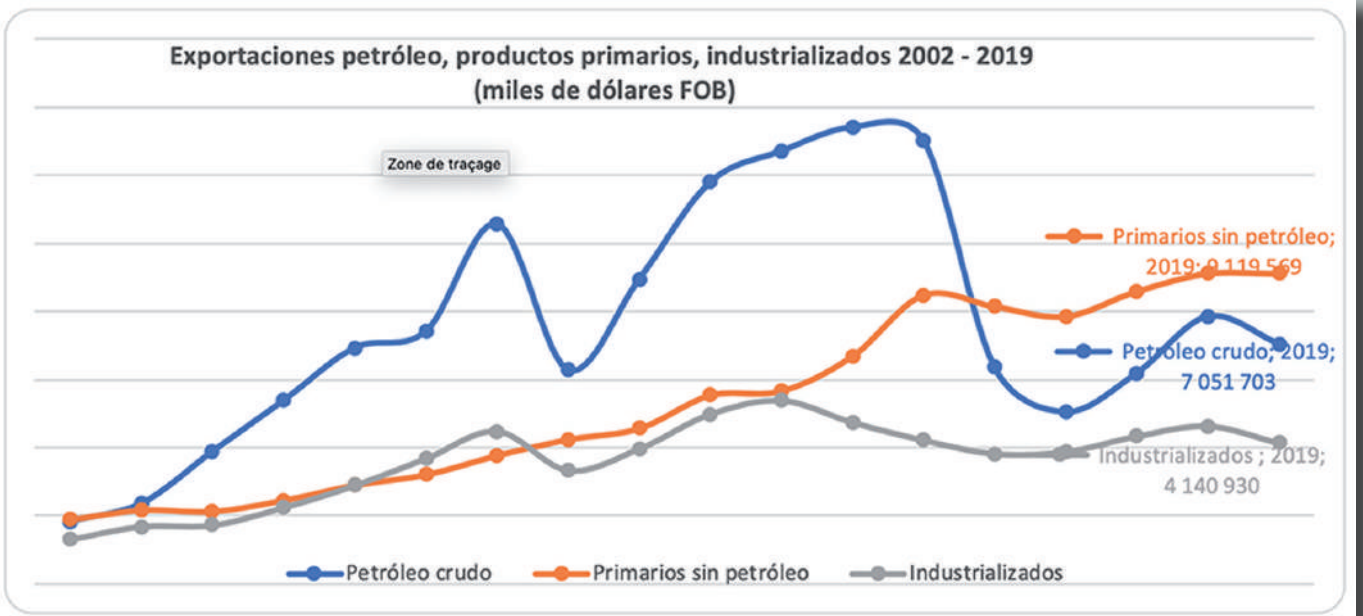
Los intentos por la industrialización siempre fueron débiles, esfuerzos nacionalistas boicoteados por las administraciones estatales ávidas de ganancias



inmediatas, incluidas las de la década anterior, y la presión de transnacionales, incluidas las chinas.

Es pertinente presentar al lector y a la lectora la información sobre evolución de las exportaciones ecuatorianas en los últimos veinte años. Veamos el siguiente gráfico, elaborado sobre bases de datos del Banco Central.¹

Gráfico N°1 - Evoluciones de exportaciones ecuatorianas 2002-2019 (en miles de dólares FOB)



Fuente: Elaboración del SIPAE con base en Estadísticas del Banco Central del Ecuador.²

Analicemos la evolución desde inicios del siglo XXI para acá de las principales exportaciones que tiene el país: petróleo crudo, productos primarios sin petróleo e industrializados.

La línea de la evolución de las exportaciones de petróleo crudo se asemeja a una montaña rusa con caídas graves en los años 2002, 2009, 2015 y elevaciones notables en 2008, 2013-2014 (el mejor año es 2013, con exportaciones por un monto de 13.400 millones). Para el 2019, las exportaciones de petróleo crudo cayeron y apenas alcanzan a 7000 millones de dólares (casi la mitad de su mejor momento). Estas fueron superadas por la línea del valor de las exportaciones de primarios no petroleros (camarón, banana, flores), que llegó a 9120 millones de dólares en lo que fue su mejor año, seguido por el registro del 2018 con 9100 millones de dólares. Cabe señalar que la línea de la evolución de las exportaciones de industrializados (derivados de petróleo, productos elaborados del mar, manufacturas de metales) se mantiene constante. Su mejor año fue en 2012, con 5400 millones de dólares. Ahora estas exportaciones se mantienen en tercer lugar con 4100 millones de dólares.

Es imprescindible volver a pensar en un Ecuador pospetrolero y posextractivista.

Para este 2020, es muy previsible la debacle de las exportaciones petroleras, pero también caerán las de primarios e industrializados, probablemente volvamos a niveles de quince años atrás. Así pues, el conjunto del patrón primario-exportador cruje por todos sus costados; a lo que hay que añadir la complicación que deviene de la dolarización, es decir, la situación de un país carente de política monetaria.

Es hora de romper la continuidad que arrastramos desde fines del siglo XIX, que nos llevó del boom cacaotero al bananero, para finalmente llegar al boom petrolero. Sería un espejismo y el peor error estratégico del Ecuador apostar a un supuesto boom minero por venir.

Es imprescindible volver a pensar en un Ecuador pospetrolero y posextractivista.

El país demanda verdaderas estrategias de política pública, no remiendos de coyuntura; requiere dar un giro y colocar en otros andariveles las dinámicas de la producción, del trabajo, de la alimentación, de la preservación ambiental, que a la par generen equidad e inclusión.

Pensamos en andariveles de una sustentabilidad productiva aliada con el trabajo y con la naturaleza, de una alianza entre el campo y la ciudad, de una descentralización y desconcentración que potencie zonas internas. Hablamos de transformar la relación entre los mercados locales y nacional, de la necesidad de una articulación entre producción regional y producción nacional, de un modelo de industrialización ligado a la generación de empleo, así como de un modelo de agricultura ligado a la alimentación de los sectores populares, que produzca alimentos sanos y frescos. Hablamos de potenciar a territorios indígenas, montuvios, afrodescendientes, que contengan a la población a nivel de parroquia, de cantón, de provincia; de disminuir los rangos de la emigración.

De allí que un pilar de la estrategia pospetrolera sea darles a las agriculturas familiares y campesinas un rol clave en la reproducción de la vida. Para ello, habrá que redistribuir tierras, agua y mercados; así como garantizar el acceso y la tenencia de pequeños y medianos productores. Que a los sin tierra, a las mujeres y a los jóvenes rurales se les abran nuevas opciones en las provincias del interior: he ahí una de las claves. ●

1. Agradezco el apoyo de María Quizphe y Eliana Anangón para la recolección de datos y elaboración del gráfico.

2. Recuperado de: <https://contenido.bce.fin.ec/documentos/PublicacionesNotas/Catalogo/Anuario/Anuario32/IndiceAnuario37.htm>.

Se trata del derrumbe de la estrategia rentista petrolera; es decir, la explotación del hidrocarburo y la especulación en los mercados a futuro, a costa de la incesante e imparable destrucción de la naturaleza.

Este artículo integra la Biblioteca Acceso Abierto

Pensar la Pandemia
OBSERVATORIO SOCIAL DEL CORONAVIRUS

www.clacso.org.ar/biblioteca_pandemia

Con el apoyo de  **Asdi**